

bombilla era algo que le hacía cualquiera con todo gusto, y sin cobrarle nada –aunque tal vez algún desaprensivo alguna vez le cobró–, cambiar un enchufe debería ser lo mismo, y quien dice cambiar un enchufe, pues dice cambiarle la instalación eléctrica de toda la casa... El verano pasado aún pude traerla al pueblo por última vez, para que le gritara bruscamente al primero que pasaba “Oye: ponme el sillón ahí, que aquí hace mucho sol”. Rosalina no pedía las cosas: las ordenaba. Pero nunca lo hizo con mala idea, o con cálculo, sino con una inocencia infantil de niña de buena familia que nunca aprendió a vivir; que consideraba que las señoritas no debían cambiar bombillas. Hasta el fin de sus días –y con el enfado de las monjas de la Residencia de Sigüenza– se pintó los labios, y jamás salió de casa sin “vestirse”.

Al morir mi abuela, Rosalina se quedó sola. Yo estuve bastantes años sin que me fuera posible venir a España. Cuando por fin vine, me encontré

desencanto de esta señorita-bien del Maranchón señorito en un poblachón industrial y –con perdón de quienes sean de allí– rematadamente feo, amén de contaminado y sin paisaje con que relacionarse. Cambió lo “público” –Comunidad de Castilla-La Mancha– por lo “privado” –Iglesia Católica Apostólica Romana– y se instaló en Sigüenza, con las monjas, donde hay otros maranchoneros, y donde se sintió en casa, porque además iba y venía a Maranchón cuando se le antojaba.

Entonces, justamente, comencé yo a venir a España con regularidad todos los años, y todos los años he pasado en Maranchón algunas semanas, con mi tía.

Eran todavía los años en que ella se quedaba en el pueblo después de que yo me iba, porque yo no puedo estar en Maranchón para las Fiestas, y a ella sí le hacía ilusión estar. Uno de esos años, se rompió la primera cadera nada más irme yo, por maniática: por querer volver a poner “en su si-



EDIFICIO DE LA ANTIGUA FARMACIA.

con una persona incapaz de hacerse de comer, y mucho menos, no ya de cambiar una bombilla, sino de arreglar una gotera, en una casa vieja que se le venía encima, llena de recuerdos, de fantasmas, de trastos, y en la que, por tener, ni siquiera tenía ya la farmacia, vendida ya, aunque todavía en el mismo sitio, de manera que no se podía acceder de la farmacia al resto de la casa sin llave. Eventualmente, hasta los anaqueles desaparecieron, y solamente quedó –y queda– la vieja y bella pintura del techo, y por fin la farmacia se mudó de local. Rosalina, sola e inútil, guardiana de aquel mausoleo incómodo, decidió irse a una residencia. Primero parece que probó en Puertollano, dado que la actual estructuración autonómica española hace que de repente los maranchoneros seamos manchegos, pero es fácil imaginarse el

tio” una mesa que yo había desplazado. Después de que se rompiera la cadera, ya nunca volví a dejarla sola en el pueblo. Cuando me iba yo, la dejaba en Sigüenza.

Pero era cabezota. Años después de su primera cadera rota, y después de haberla dejado en Sigüenza al irme yo, se cogió un taxi y se vino, porque no podía resistir “inspeccionar” las obras del tejado de la casa... y ahí se rompió la segunda cadera.

Con todo, y con dos caderas de plástico, andaba estupendamente. Con que sólo le hubiera dado por ser más activa, hubiera podido ir a cualquier parte... pero el punto que hacía que Rosalina fuese Rosalina no estaba en sus piernas, ni en sus manos, ni en ninguna parte más que en su cabeza de eterna señorita, donde había un mun-